

Barbarie de rostro humano: las tribus posmodernas

* Michel Maffesoli

Las tribus posmodernas serán, en adelante, parte del paisaje urbano. ¿Son acaso la expresión del bárbaro que regularmente regresa a fecundar un cuerpo social un tanto débil? Muestran que lo propio del hombre en las sociedades posmodernas no se resume a lo cognitivo, lo racional; es más bien un *complexio oppositorum* que se podría traducir por un conjunto, un tejido de cosas opuestas. Todo esto conviene saber apreciar en la efervescencia tribal contemporánea. Saber que tanta inmanencia desemboca en una verdadera transfiguración de lo político.

Las tribus posmodernas son ahora parte del paisaje urbano, después de haber sido objeto de una conspiración del más estricto silencio; ¡cuánta tinta habrán hecho correr! Todo para relativizarlas, marginarlas y negarlas. Hagamos una simple pregunta: ¿Estas tribus no son la expresión del bárbaro que, regularmente, regresa a fecundar un cuerpo social un tanto débil?

Cuando un vínculo social se satura, otro (re)nace; esto sucede siempre con temor y temblor; ocasiona

que muchas almas buenas se desconcierten ante este (re)nacimiento que altera de algún modo la moral establecida. Asimismo, algunas “almas bellas” se pueden ofuscar: las tribus en general no tienen nada que hacer dentro de la primacía de lo Político. Lo he dicho en otros escritos: política o juego. La preeminencia de este último vuelve evidente que la política se haya teatralizado y convertido en objeto de burla; en breve: ha sido contaminada por lo lúdico.

Cualquiera que sea el sentimiento que nos embarque, las tribus posmodernas están allí. A menos que se exterminen, lo que parece difícil pues nuestros hijos forman parte, hay que convivir con ellas; acomodarse a sus maneras de ser y de aparecer, a sus *piercings* y diversos tatuajes, a sus curiosos rituales, a su música explosiva; en pocas palabras: a la nueva cultura donde éstas son sectarias avezadas y dinámicas.

Cierto, no deja de ser desconcertante la (re) emergencia de una nueva manera de estar juntos; como todo lo que le pasa al individuo, se puede traducir como un simple proceso de compensación: la civilización moderna se homogeneizó, se racionalizó a ultranza, olvidando el choque cultural que le dio nacimiento. Se sabe que “el aburrimiento nació de la uniformidad.”¹ La intensidad de ser se pierde cuando la domesticación se ha generalizado.

Cuando un ciclo se termina, surge un mecanismo de compensación. Poco a poco la heterogeneidad gana terreno. En lugar de una razón soberana, el sentimiento de pertenencia recobra su carta de ciudadanía. El estado de efervescencia, denominado así por Durkheim, elemento estructurante de toda comunidad, se confronta con la aburrida y apaciguada existencia y se coloca, con fuerza, al frente de la escena social; el gusto por el riesgo, de una manera difusa, reafirma su vitalidad, el instinto doméstico tiende a volverse salvaje. En breve: bajo diversas maneras, el bárbaro nos remite a un buen recuerdo. Acaso habría que recordar de dónde proviene esta preocupación tenaz y constante por la *domesticación*: de la tradición judeo-cristiana, o si se prefiere de la ideología semítica; o simplemente de la naturaleza corrompida del ser humano. Esto funda la moral y, lo que viene a ser lo mismo, la política de la modernidad.

Durante el lento proceso de secularización, la Iglesia, luego el Estado, cuyo brazo armado es lo político y la tecno-estructura, han tenido como función esencial corregir el Mal absoluto y original. Misión que más tarde revelaría su hipocresía y, bajo diversos nombres, irrigaría la vida pública occidental.

Proyecto prometico, nunca será suficiente decir que encontró su origen en el mandato bíblico de “someter a la naturaleza” (Gen. 1:28); en el aspecto ambiental: flora y fauna, pero igualmente en el control del individuo y lo social. Lógica de la dominación

que elabora el mito del Progreso y su corolario directo, el igualitarismo. Por decirlo en términos familiares, las tres matrices de este proyecto fueron el higienismo (o riesgo cero), la moral y la sociedad “Nickel”. Hay que agregar, y no está de más, la particularidad cultural que creó el Universalismo: lo que fuera exclusivamente una tradición de algunas tierras del Medio Oriente y después parte de un pequeño cantón de Europa, había de servir de criterio para el mundo entero, desde San Pablo, en el punto de vista teológico, hasta las Luces, en una perspectiva filosófica. Es necesario subrayar el fanatismo que hay en tal pretensión. Fanatismo que permitió, a finales del siglo XIX, que estos valores se convirtieran en universales. Mientras el emperador Meiji abría sus puertos a los navíos europeos y Brasil inscribía sobre su bandera la célebre fórmula de Augusto Comte: “Orden y progreso”, la homogeneización del mundo alcanzaba su apogeo como nunca antes se había visto. Pulsión de dominio que no debe ignorar la existencia de una patogénesis. Sin hablar de los etnocidios y otros genocidios culturales. Tampoco es vano recordar por una parte, el vínculo entre el mito del Progreso y la filosofía de las Luces; por otra, los campos de concentración (en nombre de la pureza de una raza o una clase) y las guerras devastadoras y suicidas del siglo XX.

“La inocencia del devenir”

A fuerza de poner el acento en la moral, fundada en la lógica del *deber-ser*, se ha desembocado en excesos imprevisibles. Actitud que recibe el nombre de *heterotelia*: obtener lo contrario de lo que se desea. Por ejemplo: la tentativa de domesticación del *animal* humano conduce al ser *bestial*; dan testimonio los diversos campos y gulags del siglo pasado. Efecto perverso empecinado en la búsqueda de la perfección. Aquí también la sabiduría popular, seguida de Blaise Pascal, nos puede ser de utilidad: “quien quiere hacer un ángel, hace la bestia”.

No lo diré sino alusivamente: hay dos vicios en el enfoque de quienes sostienen el universalismo, o lo que es igual, en los protagonistas de la filosofía de las Luces: la hipocresía y el autoengaño. Koselleck ha señalado que siempre se desea gobernar en nombre de una nueva moral (*El reino de la crítica*, 1979). Hablar en nombre de la Humanidad y de la Razón es particularmente péfido, se enmascara (apenas) que la motivación real de estos “moralistas” es, así de simple, el poder; el poder económico, el político,

¹ [Se refiere a una parte del verso de Antoine de La Motte-Houdar, así reza completo: “l'ennui naquit un jour de l'uniformité”; tomado de su fábula: “Les amis trop d'accord”. — Trad.]

el simbólico, son los fines comunes de la filosofía de la historia y de las filosofías morales. Siempre se cometen las peores infamias en el nombre del Bien, del Ideal, de lo Humano, de la Clase y de otras entidades abstractas. Siempre hay dormido en los moralistas “¡un hombre lleno de resentimiento!”

He aquí de dónde venimos, esto constituye el cerebro reptiliano del hombre moderno, subyace en el fundamento del pensamiento establecido y en las instituciones sociales. Pero esta bella construcción, en apariencia indemne, se encuentra fracturada en todas sus partes. Debido a esta porosidad, las tribus posmodernas son a un tiempo la causa y el efecto.

Qué expresan las tribus sino lo que Nietzsche llamó: “la inocencia del devenir.” Aceptación del *amor fati*. Consentimiento a esta tierra, a este mundo. En oposición a la doctrina judeo-cristiana, el mundo no encuentra su origen en una creación *ex nihilo*; pero allí está, un mundo dado con el cual conviene, bien que mal, acomodarse. ¡Esto es lo que el bárbaro, un tanto pagano, se aplica a recordarnos! Ciertamente, no se hace mediante un acto de conciencia, tampoco se verbaliza como tal; más bien se vive a través del regreso a las tradiciones religiosas o espirituales; en el ejercicio de solidaridades cotidianas, en la reviviscencia de las fuerzas primitivas. Lo que conduce a la (re) valoración de los instintos, las éticas, las etnias.

Nueva sensibilidad, o si se prefiere nuevo paradigma, creando un potente inmanentismo que toma las formas más sofisticadas o triviales. El hedonismo, los placeres del cuerpo, el juego de apariencias, el presenteísmo, están allí como si fuesen la manifestación no de un activismo voluntario sino la expresión de una real contemplación del mundo. Diciéndolo en otros términos: aceptación de un mundo que no es el cielo sobre la tierra, ni mucho menos el infierno en la tierra, sino la tierra sobre la tierra. Con todo lo que tiene de trágico (*amor fati*) pero de júbilo también. Dejar hacer, dejar vivir, dejar ser, podrían ser las palabras maestras de las tribus “ino-

centes”, instintivas, algo animales y, a buen seguro, muy vivas.

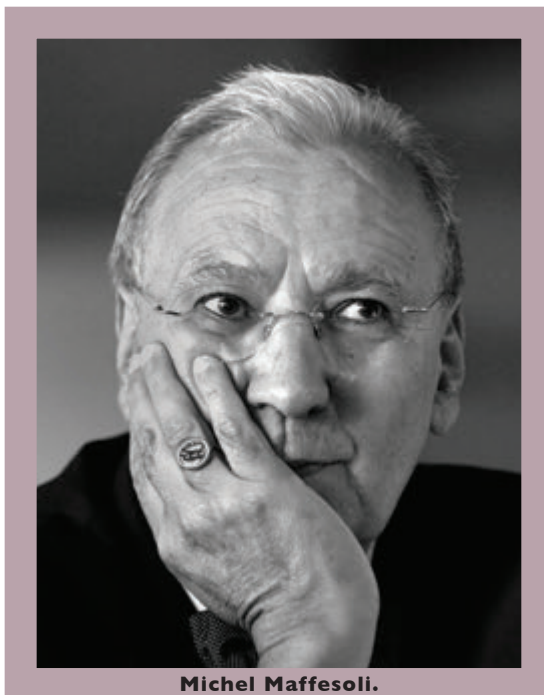
Efervescencia tribal

La modernidad que hoy toca su fin, en sentido estricto, tiene “desenervado” el cuerpo social. El higienismo, la secularización, la racionalización de la existencia, las prohibiciones de todo orden, despojaron al cuerpo individual o al cuerpo colectivo de la capacidad de reacción para su propia supervivencia. Pareciera, en una expresión de Georg Simmel, que con la posmodernidad se asiste a la “intensificación de una vida de nervios.”

El instinto, el primitivismo, significan dar su lugar a los “nervios”. Considerar que la humana naturaleza no se resume a lo cognitivo, a lo racional, sino a un *complexio oppositorum* que podría traducirse en un conjunto, un tejido de cosas opuestas. Conviene aprender a observarlo en la efervescencia tribal contemporánea. Algunas de sus manifestaciones, lo he dicho, nos apenan y ofuscan; muestran, de una manera a ve-

ces malhecha, que existe una bondad intrínseca en el ser humano, y el contexto donde se sitúan, la tierra, es igualmente deseable.

Inmanentismo que desemboca en la caída de la política. Más bien, se transfigura, se vuelve *doméstica*, ecológica. *Domus, oikos*, términos que designan la casa común que conviene proteger de los saqueos a los que la modernidad nos acostumbró. Las maquinaciones de este hombre, “maestro y poseedor del universo” según la expresión de Descartes, desembocó en la devastación que conocemos. Las tribus, mucho más prudentes, precavidas, se ocupan menos de “maquinar” sobre los otros y la naturaleza. La maquinación política se origina en el miedo a la nueva manera de estar juntos. Miedo que engendra, como es siempre el caso con este sentimiento, las exageraciones que leemos aquí y allá, concernientes a los múltiples desmanes cometidos por tribus bárbaras, en particular en las “ciudades” y los barrios urbanos. La prensa de toda ralea, no sólo la sensacionalista, hace



Michel Maffesoli.



su agosto con este asunto. Muchos son los efectos que se utilizan para *hacer llorar a Margot*; en el *francinglés* contemporáneo, se llama la búsqueda del *scoop*. La expresión utilizada para *estigmatizar* el fenómeno tribal es “comunitarismo”. Como todo estigma, resultado del miedo ante lo que es, se basa en una forma de pereza y corre el riesgo de pagarse muy cara; muletilla ampliamente usada, tanto a la izquierda como a la derecha; forma también de la estulticia. En efecto, de nada sirve suprimir o negar lo que no podemos comprender. Actitud infantil, igualmente, como la encantación: se repiten palabras

Después de todo, ¿por qué no tener previsto que la res publica, la cosa pública, se organizará a través del ajuste, a posteriori, a estas tribus electivas? ¿Por qué no admitir que el consenso social, en su etimología más cercana (*cum sensualis*), significa compartir sentimientos diversos?

vacías de sentido y se piensa que así se arregla un problema. ¿Pero más allá del miedo, pereza, torpeza y puerilidad, qué hay de hecho?

La modernidad redujo toda cosa a la unidad; trató de eludir las diferencias, homogeneizar las maneras de ser. La expresión de Augusto Comte: *reductio ad unum*, ideal que se resume en la República: Una e Indivisible. Es innegable que se trató de un verdadero ideal cuyos resultados, culturales, políticos y sociales, están a la vista. Pero, a la larga, las historias humanas enseñan que nada es eterno. No es la primera vez que observamos la saturación de este *ideal unitario*: imperios romano, inca, azteca, en fin, se podrían multiplicar al infinito los ejemplos de organizaciones centralizadas que acaparan las realidades.

Realidades que nos obligan a constatar, como lo indiqué alusivamente, que la heterogeneidad está de regreso; lo que Max Weber denominó “el poli-

teísmo de los valores”: reafirmación de la diferencia, diversos localismos, particularidades lingüísticas y culturales, reivindicaciones étnicas, sexuales, religiosas, múltiples reagrupaciones en torno a un *origen* común, real o mitificado. Todo es bueno para celebrar *estar juntos*, el fundamento es menos la razón universal que la emoción compartida, el sentimiento de pertenencia. El cuerpo social se difracta en pequeños cuerpos tribales. Cuerpos que se teatralizan, se tatúan, se hacen *piercing*, se erizan los cabellos o se cubren de mascaradas, de kipás, turbantes o de otros accesorios, como el pañuelo Hermes. En breve: ante el gris cotidiano, la existencia se colorea de nuevos matices, traduciendo la multiplicidad fecunda de los hijos de los dioses. ¿Porque sabemos que hay muchas *casas* en la morada del Padre! Esto es lo que caracteriza el *tiempo de las tribus*; sin importar que sean sexuales, culturales, incluso políticas, ocupan el espacio público; son una constante que sería pueril e irresponsable negar y malsano estigmatizar. Estaríamos mejor inspirados si fuésemos fieles a la sabiduría popular y acompañáramos a esta mutación a fin de evitar que se vuelva perversa, y más tarde inmanejable. Después de todo, ¿por qué no tener previsto que la *res publica*, la cosa pública, se organizará a través del ajuste, *a posteriori*, a estas tribus electivas? ¿Por qué no admitir que el consenso social, en su etimología más cercana (*cum sensualis*), significa compartir sentimientos diversos?

Puesto que están allí, por qué no aceptar las diferencias comunitarias, ayudar a su cohesión y aprender a componer con ellas. El juego de la diferencia, lejos de empobrecer, enriquece. Después de todo, una composición así, participaría en la gran melodía social con un ritmo que, aunque quizá un poco entre-cortado, gana en dinamismo. El juego de mezclas de la música tecno ilustra la forma actual de nuestra cultura. Peligroso que en nombre de una concepción un tanto caduca de la unidad nacional, no se reconozca la fuerza del pluralismo. *El centro de la unión* se vive en la conjunción, *a posteriori*, de valores opuestos. A la armonía abstracta de un unanimismo de fachada, está sucediendo, a través de múltiples ensayos-errores, un equilibrio conflictivo, causa y efecto de la vitalidad de las tribus.

Internet: iniciación a un nuevo orden comunicativo

No hay lugar para ser viejos gruñones, obnubilados por los “buenos viejos tiempos” de la Unidad cerrada

sobre sí misma. Lo que los filósofos de la Edad Media llamaban *unicidad*, refiriéndose a un todo coherente y abierto, podría ser una buena manera de comprender el vínculo, el lazo social fundado en la disparidad, el policulturalismo, la polisemia. Aquello que, a buen seguro, apela a la audacia intelectual: saber pensar la *viriditas* de un *ideal comunitario* en gestación. Momento para poner en marcha un pensamiento a la altura, capaz de aprehender las nuevas configuraciones sociales. No nos podemos conformar con conceptos autistas, cerrados sobre sí mismos; lo que en italiano se llama, con justa razón, *con-cetti*, miradas del espíritu. En breve: no se puede, y este es el pecado preferido del intelectual, crear el mundo a imagen y semejanza de lo que nos gustaría que fuese.

El ideal comunitario de las tribus posmodernas significa el regreso a una solidaridad orgánica sólida y rizomática. Paradoja que no es menor: esta *cosa vieja* que son las tribus y sus antiguas formas de solidaridad vividas en lo cotidiano y ejercidas en lo más próximo, nacen, se expresan, se conforman, gracias a diversas redes electrónicas. De ahí la definición que puede darse de posmodernidad: *sinergia de lo arcaico y desarrollo tecnológico*.

Recordando, por supuesto, que lo arcaico, en su sentido etimológico, aquello que es primero, fundamental, ampliaría sus efectos debido a los nuevos medios de comunicación interactiva. A imagen de lo que fueron las circunnavegaciones en la aurora de los tiempos modernos, la navegación era la causa y el efecto de un nuevo orden mundial (Carl Schmitt la llamó el “Nomos de la tierra”), algunos sociólogos muestran cómo la circunnavegación propia del Internet está creando nuevas maneras de ser, de cambiar, a profundidad, la estructura del lazo social (www.ceaq-sorbone.org; Gretech: grupo de investigación sobre tecnología, dirigido por Stéphane Hugon).

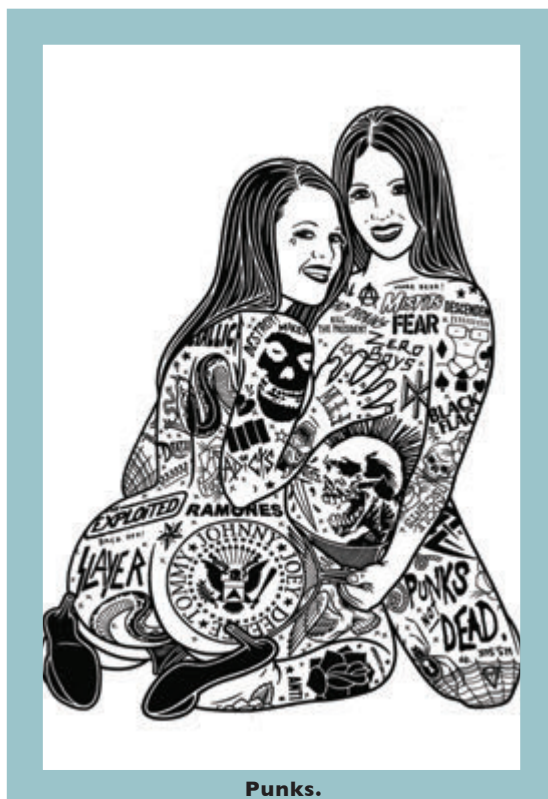
No es necesario ser un apasionado de las nuevas tecnologías interactivas para comprender la importancia de lo que conviene llamar, justamente,

los sitios comunitarios. Myspace y FaceBook permiten a los internautas tejer lazos; intercambiar ideas y sentimientos, pasiones, emociones y fantasmas. Asimismo, YouTube favorece la circulación del video, de la música y de otras creaciones artísticas; y para cerrar, Lively tiende a “federar” la vida en línea de sus usuarios. La expresión maestra, declinándose hasta la saciedad, es *la vida comunitaria*. El miedo al comunitarismo es un fantasma de otra era, se encuentra desfasado del mundo real, de quienes hacen la sociedad de ahora y, a buen seguro, de mañana.

Gracias al Internet, un nuevo orden comunicativo se pone en marcha: favorece los reencuentros (los fenómenos *flashmob* lo constatan); ya sea para cosas fútiles, serias o políticas, aparecen y desaparecen movilizaciones en el espacio urbano y virtual. Lo propio sucede con los *streetbooming* que permiten a través de Internet, en las grandes megalópolis contemporáneas, en las junglas de piedra que favorecen el aislamiento, que la gente se encuentre, se hable, se conozca, creando así una nueva manera de estar juntos, fundada en el intercambio que permite la creatividad.

Las redes sociales en línea, y los encuentros que inducen, deberían volvernos más alertas a esta socialidad donde el placer lúdico conforma una simple funcionalidad. Por otro lado, es interesante reparar en el término de *iniciados* para caracterizar a los protagonistas de estos sitios de encuentro. Iniciación a nuevas formas de generosidad, de solidaridades en minúscula que nada tienen que ver con el Estado providente y su visión arrogante. Como indica Hélène Strohl, concedora de este problema, “El Estado social no funciona más” (Albin Michel, 2008); se debe a que el fenómeno comunitario se encuentra en la base, gracias a las técnicas interactivas que difunden la ayuda mutua en sus diversas formas. Curioso retorno a un *orden simbólico* que se creía superado.

A fin de comprender bien este *orden*, hay que ejercer no solamente un pensamiento crítico, es de-



Punks.

cir judicativo, sino también un cuestionamiento más radical, capaz de aprehender los arcanos de la sociedad. Hay en el corazón mismo del desarrollo histórico, como en la acción política, un principio secreto que falta saber descubrir. ¿El punto es que se conozca la verdad en su origen griego: *aletheia*, lo que revela lo escondido? ¡Incluso es necesario que sepamos respetar lo oculto! Extraña paradoja del pensamiento radical: saber decir claramente lo complicado, reconociendo que los “pliegues” del ser individual o colectivo permanecen insuperables. *Lección de las cosas* que continuamente nos da la existencia. Esto es lo que constituye el misterio de la vida.

Buscar lo esencial en lo inaparente de las apariencias

El romanticismo, luego el surrealismo y los situacionistas de los años sesenta del siglo pasado, emprendieron la búsqueda de este mítico pasaje hacia el noroeste, abriendo una infinidad de horizontes. Para lograrlo llevaron a cabo una psico-geografía, o *desvío*, descubriendo que más allá de la simple funcionalidad de la ciudad existe un *laberinto de lo vivido*; más profundo y que asegura, invisiblemente, los fundamentos reales de toda existencia social.

Se podría extrapolar este cuestionamiento poético-existencial y los arcanos de la ciudad, a fin de que sean útiles para comprender la estructura tácita que, en ciertos momentos, asegura la persistencia de la ciudad. Tácito: que no se expresa verbalmente, que es un sobreentendido; implícito: que hace su nicho en los pliegues del misterio y de la inconciencia colectiva.

Jean Baudrillard, en su momento, prestó atención a esta “sombra de mayorías silenciosas”, al “vientre flácido” de lo social. De mi parte, de diversas maneras he analizado la centralidad subterránea, la sociedad bajo la mesa y otras metáforas que señalan la retirada del pueblo al Aventino. La *orfandad* de la tradición mística regresa, subrepticamente, al menú del día. Tal repliegue es frecuente en las historias huma-

nas; siempre es el indicio de una exigencia de reconocimiento. Contra los patricios romanos, el pueblo apela por sus derechos. Lo propio sucede en nuestros días. La demanda implícita, silenciosa, que tiene dificultades para formularse, necesita que hagamos una suerte de geología de la vida social. Entrando en materia, significa encontrar las estructuras heterogéneas que la constituyen.

Pero sigamos con la ambivalencia, la bipolaridad entre lo que se encuentra en retirada y lo que se muestra; lo que al replegarse se vuelve más evidente. Recordemos aquí el comentario que hace Lacan del cuento de Edgar Allan Poe, “La carta robada”: debido a que está ahí, sobre la carpeta de la chimenea, el comisario no logra verla. Y como un eco, escuchamos el consejo de Gastón Bachelard: “no hay ciencia sino de lo oculto”.

Precisando, claro, que lo *oculto* nos saca los ojos. Por muy poco que tomemos en serio la teatralidad de los fenómenos, *theatrum mundi* de antigua memoria, las nuevas formas de vida en gestación saltan a la vista. Más allá de nuestras certidumbres y convicciones (políticas, filosóficas, religiosas, científicas) conviene acomodarse simplemente, hu-

manamente, a lo que se hace notar. Buscar lo esencial en lo inaparente de las apariencias, en la vida cotidiana, en los pequeños placeres de poca importancia que constituyen el terreno donde crece el estar-juntos. ¿No es eso la cultura?: “Los aspectos más importantes se ocultan a causa de su banalidad y su simpleza” (Wittgenstein). Quizás a partir de este principio de incertidumbre se podría hacer un buen pronóstico. Es decir, tener la *intuición* de los fenómenos, visión del interior que tanto le hace falta a la frecuente paranoia de las elites. *Fatídico*, puesto que no somos amos y señores. Viene de muy lejos y no se dejará dominar por la pequeña razón instrumental de la modernidad. Nudo arquetípico cuya fecundidad es importante señalar.

[Miguel Maldonado: traductor.]



Bárbaro, Orlando Larrondo.